

Rita

Quique Sanchez



# Capítulo 1

- Esa es mi belleza.

Rita disminuyó la velocidad y le dio a su yegua una caricia en el cuello. Después de galopar Ana durante dos horas en el Bosque de las Tumbas, el sol había comenzado a declinar y la fatiga se apoderó de su cuerpo. Era más seguro detenerse a pasar la noche.

Como todos los demás elfos, normalmente evitaba esta zona; era mejor pasar las horas que la separaban del amanecer en el refugio. Vio una ruina cubierta de vegetación en la distancia y guió a Ana en esa dirección.

Rita desmontó y descargó su yegua a cien metros detrás del edificio, cerca de un lago. Los últimos días habían sido difíciles, pero Rita había cosechado suficientes cerezas altas para dejar a su familia sin necesidad durante algunas semanas.

Perdida en sus pensamientos, jadeó cuando Ana soltó su cálido aliento en sus puntiagudas orejas. Ella sonrió antes de meter la mano en su bolso y sacar una manzana roja con rayas blancas.

- ¡Te lo merecías!- dijo, dejando que el animal mordiera la fruta.

Después de acicalar a su yegua, buscó un árbol en el que pasar la noche. En general, los elfos sufrían de un vértigo enfermizo. No Rita y su familia.

Siempre habían sido grandes recolectores, lo que los convertía en uno de los hermanos más respetados del reino. Situación bastante risible cuando sabías que esta familia tan respetada estaba realmente formada por huérfanos abandonados en las alturas. Habíamos tratado de olvidarlos, habían conquistado las marquesinas y se habían hecho indispensables.

Sin embargo, con todo el respeto que los elfos les mostraron abajo, Rita nunca se sintió más segura que a veinte metros del suelo.

Optó por un viejo roble luna que le permitió admirar las ruinas mientras vigilaba el arándano rojo. Comenzó su ágil ascenso, su preciada cosecha atada a su espalda.

Una vez que llegaron a las primeras ramas, comenzó a buscar dos ramas que estuvieran cerca y lo suficientemente fuertes para acomodar su

hamaca. Rápidamente encontró su felicidad.

Con la hamaca preparada y el saco de cerezas asegurado, se acurrucó en el centro de la lona, □□desató un pañuelo azul real que sujetaba su cabello rizado y suspiró de placer.

Ella miró el antiguo monumento. Desde abajo este último no parecía gran cosa, pero a medida que ganabas altura, solo se veía su desmesura. La persona que vivía allí debe haber sido alguien muy rico o muy importante.

\*\*\*

Los primeros rayos del sol se deslizaron entre las hojas plateadas del árbol centenario y despertaron a Rita. Habría dormido unas horas más, pero aún le quedaba mucho camino por recorrer. Aún con sueño, intentó estirarse, pero un peso inusual en su pecho detuvo su movimiento.

Abrió los ojos para encontrar a un niño pequeño, con las orejas tan puntiagudas como las de ella y vestido con un mono sencillo, acostado encima de ella.

¿Cómo llegó allí? Ella extendió sus manos temblorosas y saltó cuando sintió su piel. No estaba soñando, ¡de hecho había un joven elfo durmiendo sobre ella!

Su sorpresa había despertado al niño que se levantó y se sentó sin más preámbulos. Bostezó antes de revelar unos ojos de pared, uno dorado y el otro plateado.

Rita permaneció en silencio, con la mirada fija en el extraño. El niño se acercó a ella, la abrazó y le dio un beso en la mejilla. Un extraño escalofrío la recorrió, tanto frío como cálido.

- ¡Aaaaaahhhh! gritó de repente.

El niño apretó su abrazo, escondiendo su rostro en su pecho. Ella entendió rápidamente: estaba mareado. Rita estaba acostumbrada a las alturas; se había unido a su familia solo unas horas después de su nacimiento.

Si nunca había experimentado vértigo, sabía que algunos elfos tenían dificultades para controlar su miedo a las alturas. Sus hermanos y hermanas, que llegaron entre los olvidados a una edad posterior, tardaron

varios meses en dominarse por completo.

Sin embargo, quedaba una pregunta: si estaba mareado, ¿cómo llegó allí este joven elfo?

Un verdadero misterio que se prometió resolver una vez que estuviera abajo.

Rita respiró hondo e intentó, lo mejor que pudo, ignorar los gritos del niño y aclarar su mente. Era obvio que no podía bajar solo; iba a tener que usarlo.

Agarró su bufanda y la ató alrededor de su cintura para sostener al pequeño. No era perfecto, pero por la forma en que se aferraba a ella había pocas posibilidades de que cayera.

Recogió rápidamente sus cosas, con cuidado de no dañar sus cerezas, y bajó las escaleras lo más rápido posible.

Una vez en el suelo, se apresuró a poner al niño en el suelo. Al instante dejó de llorar y permaneció en silencio, acariciando la hierba fresca con los pies descalzos.

Se acercó a una flor de pétalos azules en la que se había instalado una mariposa y trató de atrapar al insecto, que rápidamente se echó a reír.

Se acercó a Rita nuevamente y tomó su mano, sonriendo. Ella se enfrentó a él y le preguntó:

- ¿Cómo te llamas ?

El extraño no le respondió, devorándola con sus ojos oscuros, una sonrisa dibujada en sus oídos.

- ¿Cómo llegaste ahí arriba? ella añadió.

El niño todavía no respondió.

- ¿Entiendes lo que estoy diciendo al menos?

Seguía en silencio, sin dejar de ofrecerle su rostro de ángel como única respuesta.

- ¿Están tus padres en la zona?

A estas palabras, reaccionó bruscamente, abrazándola. Volvió a darle un extraño beso en la mejilla y le susurró un nombre: "Rita". Perturbada, buscó su mirada; pero ya se había marchado: Ana estaba llegando,

acaparando toda su atención.

No había la menor señal de vida en kilómetros a la redonda; si se perdía, tendría más posibilidades de reunirse con sus padres una vez que llegara a la capital.

Rita acarició a su yegua y el niño la imitó, riendo.

- Estaremos más ocupados de lo esperado, espero que no me culpes.

\*\*\*

Después de una hora de viaje marcado por la risa del joven elfo, Rita llegó al fondo de su casa. Mientras acicalaba a su yegua y vigilaba al niño que se maravillaba de todo lo que lo rodeaba, Andrea entró en el establo.

- ¿Fue buena la cosecha?

- ¡Excelente! ¡Incluso obtuve un bono! dijo, señalando al niño.

- ¿Dónde lo encontraste?

- Estaba durmiendo sobre mí cuando me desperté, en el Bosque de las Tumbas, ya sabes, junto a las ruinas.

- Rita... ¿sabes por qué nos llaman los Olvidados? preguntó pensativo.

Ella sacudió su cabeza. Estas historias nunca le habían interesado; viejas leyendas, era bueno aliviar la conciencia de los de 'abajo'.

- En un momento en que los elfos se estaban matando unos a otros por un metro extra de tierra, una reina logró construir una frágil paz entre unos pocos pueblos. Para agradecerle su trabajo, la diosa del día le ofreció un heredero, un elfo de ojos dorados, signo de su origen solar.

Al principio todo iba bien, pero pronto la reina se dio cuenta de que nunca tendría la paciencia para cuidar a un niño. Después de un tiempo, el dios de la noche se compadeció de ella y le ofreció un trato: si ella era capaz de superar su miedo a las alturas, él le quitaría a su hijo y se aseguraría de que todos lo olvidaran.

La reina trepó al árbol más alto de su reino y le pidió al dios de la noche que cuidara a su hijo. Desde ese día, los padres incapaces de cuidar a sus hijos se han enfrentado a su miedo a las alturas, para encomendarlos al dios de la noche y sus Olvidados.

"Pero él solo tiene un ojo dorado", dijo Rita, viendo muy bien hacia dónde iba Andrea.

- Sí, un ojo dorado, brillante y cálido como el sol en el cenit.

"El otro plateado, hipnótico como una luna llena", dijo con un suspiro.

Rita tomó al niño en sus brazos.

Descendiente de las estrellas, príncipe o no príncipe, todo niño necesita una familia, pensó.

"Y un nombre."